

1^o
marzo

¿Dónde estás tú?

“Pero Jehová Dios llamó al hombre, y le preguntó: ¿Dónde estás tú?”
(Génesis 3:9).

Poco después de la caída, Dios hace una pregunta fundamental a Adán: “¿Dónde estás tú?” Dios pregunta conociendo la respuesta, Dios busca habiendo ya encontrado. ¿Por qué? No solo la propia naturaleza de la gracia y el amor divino, sino también la necesidad del arrepentimiento y de la fe humanos quedaban, de este modo, evidenciados. No hay redención sin confesión sincera, no hay confesión sin arrepentimiento, no hay arrepentimiento sin reconocimiento de culpa, no hay reconocimiento de culpa sin autoexamen y reflexión profunda.

“¿Dónde estás tú?” La pregunta lo incluye todo: habla, en primer lugar, de la manifestación de la gracia y el amor divinos buscando al hombre culpable, desnudo, presa de temor y vergüenza, escondido del Creador. Expresa también la acusación grave, sin paliativos, de la justicia divina que ha sido contravenida. Es, además, una flecha lanzada a la conciencia del hombre, un apremio a su naturaleza moral y responsable. “¿Dónde estás tú?” Es aun una invitación solícita a la confesión, al reencuentro con el Creador, una apelación a su capacidad de conversión y a la aceptación de redención.

Esta pregunta pronunciada por el Creador en el umbral mismo de la economía del pecado era el primer acto del plan de la salvación, una primera profecía mesiánica que aseguraba la búsqueda por parte de Dios del pecador perdido. La historia de la salvación será desde entonces una cadena ininterrumpida de iniciativas divinas en busca de los seres humanos, de las cuales, Jesucristo representa la realización suprema: “Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Luc. 19:10).

“¿Dónde estás tú?” no es una pregunta general, colectiva, lanzada al aire; es directa, privada, personal, me concierne a mí, y no puedo eludir ni mirar a otra parte ni refugiarme en las carencias espirituales de otros, porque la salvación es personal. ¿Cómo debo responder? Parándome, reflexionando, mirando primero hacia dentro, en una introspección que nos permita analizar nuestra fe, esperanza, gozo, amor, las bases de nuestra religiosidad. Después, hacia arriba, hacia Dios, en busca de comunión, en petición de ayuda y en súplica de auxilio. Finalmente, hacia afuera, hacia los que nos rodean y evaluar nuestra responsabilidad respecto a ellos, reconociendo nuestros deberes familiares y sociales. ¿Qué nos revelan estas tres respuestas?

Hoy es tiempo de preguntarte dónde está tu vida espiritual y qué estás haciendo para ser un mejor cristiano. La pregunta del Edén sigue resonando en el corazón humano para que no olvides que hay un Dios en los cielos.

Entre el temor y la esperanza

*“Pondré enemistad entre ti y la mujer,
y entre tu simiente y la simiente suya;
esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón”*
(Génesis 3:15).

2

marzo

El versículo de esta mañana es el primer anuncio de las buenas nuevas de la salvación. Y es que todo, en estos relatos de los orígenes, tiene un carácter inaugural, prototípico y, en cierto modo, profético. Dos ideas fundamentales se expresan aquí: el hombre y el tentador vivirían, en la historia de la humanidad que entonces comenzaba, un conflicto permanente en el que esta tendría que sufrir de mil maneras diferentes las “mordeduras” dolorosas y crueles de la “serpiente antigua” (Apoc. 12:9). Esta sería una realidad insoslayable que iba a convertir la vida del hombre en el mundo caído en una larga y dolorosa tragedia. Pero esa enemistad secular tendría un desenlace, se resolvería un día con la herida mortal que un descendiente de Eva causaría a la serpiente aplastándole la cabeza. El texto tiene un sentido mesiánico evidente, reconocido tanto por judíos como por católicos y protestantes. Representa la primera promesa de redención tras la desobediencia de nuestros primeros padres, una expectativa de futuro que haría nacer en el angustiado corazón del hombre la fe y la esperanza en su salvación futura.

Temor, una humanidad acechada, en conflicto, sí; pero, a la vez, con esperanza en la venida de un libertador. Debe señalarse que, en este conflicto anunciado en el Edén, se genera una aversión santa hacia el pecado en el corazón humano: “Pondré enemistad”, porque de Dios procede en el hombre toda reacción hacia el pecado. De otro modo, el hombre es un esclavo, una marioneta, una víctima irredenta del tentador. La esperanza es hija pues de la caída, y también se puede afirmar que la promesa de Génesis 3:15 ha sido desde la caída la condición de todo progreso. Es así como la seguridad del perdón ha engendrado de nuevo la esperanza en el porvenir. El hombre caído se levantó y comenzó su camino de vuelta a su Creador.

El apóstol Pablo afirma: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley” (Gál. 4:4). Por los términos usados, este fue el cumplimiento de Génesis 3:15. La cruz de Cristo fue, sin embargo, el momento en que el segundo Adán hirió en la cabeza a la serpiente. Así, aseguró la victoria eterna del bien y condenó al pecado a la aniquilación.

Recuerda que, aunque Satanás puede endurecer tu paso por este mundo, Jesucristo tiene la victoria asegurada. Confía en Dios.

Pieles de cordero

.....

*“Y Jehová Dios hizo para el hombre
y su mujer túnicas de pieles, y los vistió”
(Génesis 3:21).*

Después del relato de la tentación y la caída, el capítulo 3 del Génesis presenta cinco episodios consecuentes del pecado de Adán y Eva: Dios busca a la pareja humana y les pregunta “¿dónde estás tú?”, anuncia el protoevangelio, comunica a la mujer y al hombre cuáles serán las consecuencias del pecado, cubre la desnudez de la pareja confeccionando vestidos con las pieles de animales y los expulsa del Edén, donde estaba el árbol de la vida, y pone querubines que blandían una espada flamígera. Estos relatos deben entenderse en el marco de las soluciones y remedios que Dios proveyó para la nueva situación del ser humano. Realizados inmediatamente después de la caída, tienen un significado redentor y son el comienzo mismo del largo camino del plan de la salvación.

Una de las primeras sensaciones que Adán y Eva tuvieron después de desobedecer fue la vergüenza de estar desnudos. Elena de White dice que “el manto de luz que los había cubierto desapareció y para reemplazarlo hicieron delantales; porque no podían presentarse desnudos a la vista de Dios y los santos ángeles” (*Patriarcas y profetas*, p. 40). Habían perdido la inocencia y la desnudez impúdica que ahora contemplaban sus ojos era el resultado del conocimiento del mal; pero, lo que verdaderamente llenaba de vergüenza su espíritu era la desnudez del alma, una conciencia culpable que quisieron acallar reemplazando el manto de luz que habían perdido por vestidos de hojas de higuera.

Así, vilmente vestidos, los encontró el Creador escondidos entre los árboles del huerto, con sus cuerpos torpemente cubiertos. El Señor no les pudo devolver el manto de luz, pero les confeccionó vestidos de pieles, para lo cual hubo que sacrificar a unos animales. La muerte de esos animales para cubrir la desnudez de su transgresión y sustituir los delantales que ellos se habían cosido fue el primer sacrificio cruento del plan de la salvación, la primera sangre de expiación por el pecado, un tipo o prefiguración del propio sacrificio del Salvador. Adán y Eva comprendieron que para expiar la culpa y cubrir el pecado alguien tenía que morir. Y así nació el sistema de sacrificios que encontramos en todo el Antiguo Testamento. Esas pieles tipificaban también la muerte vicaria del Cordero de Dios, el manto de justicia con el que Cristo reemplaza las vestiduras viles del hombre pecador y las vestiduras blancas, limpias, de gala con las que entraremos a las bodas del Cordero.

Sí, hay un Dios en los cielos que nos limpia de pecado. Agradécele hoy esta bendición.

La espada flamígera

4

marzo

“Echó, pues, fuera al hombre, y puso querubines al oriente del huerto del Edén, y una espada flamígera que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la vida”
(Génesis 3:24).

La inmortalidad de Adán y Eva tenía dos condiciones esenciales: primero, la obediencia al Creador; después, debían continuar comiendo del fruto del árbol de la vida para poseer “una existencia sin fin”. De no hacerlo, su vitalidad iba a “disminuir gradualmente hasta extinguirse la vida” (*Patriarcas y profetas*, p. 39).

En ninguna otra parte de los relatos de los orígenes se dice que después del pecado el hombre podía tener acceso a la inmortalidad, solo en la falsa promesa del tentador, “no moriréis” (Gén. 3:4). La declaración del Creador, “el día que de él comas, ciertamente morirás” (Gén. 2:17) y el hecho de sacarlos del Edén para que no comiesen del árbol de la vida (Gén. 3:22-24) desmienten por completo ese aserto. ¿Por qué? La inmortalidad del cuerpo después de la caída no hubiese sido de ningún modo un privilegio, sino el peor de los castigos. El paraíso se hubiese convertido en un infierno. Por amor a la criatura culpable, el Señor impidió que el pecado se inmortalizara.

“Pero después de la caída, se encomendó a los santos ángeles que custodiaran el árbol de la vida. Estos ángeles estaban rodeados de rayos luminosos semejantes a espadas resplandecientes. A ningún miembro de la familia de Adán se le permitió traspasar esa barrera para comer del fruto de la vida” (*ibid.*). En realidad, la espada resplandeciente no era más que rayos de luz procedentes de la gloria divina. No representaba un instrumento de castigo ni un motivo de temor, más bien, era un nuevo modo de manifestación de la presencia de Dios. La comunicación personal con el Creador se había perdido con la caída, ahora, la realidad de su presencia se expresaba por medio de la luz, como la *shekinah* entre los querubines. El ser humano tendría que comunicarse con el Creador “como viendo al Invisible”, contemplando la gloria de su luz. Por eso, durante algún tiempo, el lugar donde se veía la espada flamígera fue sitio de adoración para los hijos de Dios: “A la puerta del paraíso, guardada por querubines, se manifestaba la gloria de Dios, y allí iban los primeros adoradores a levantar sus altares y a presentar sus ofrendas. Allí fue donde Cain y Abel llevaron sus sacrificios y Dios había condescendido a comunicarse con ellos” (*ibid.*, p. 63).

Gracias al sacrificio de Cristo, muy pronto volveremos a ese hogar perdido. Ese es tu sitio y el mío.

¿Dónde está Abel, tu hermano?

“Entonces Jehová preguntó a Caín:

‘¿Dónde está Abel, tu hermano?’ Y él respondió:

‘No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?’ ”

(Génesis 4:9).

Siendo yo estudiante, un profesor de religión de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia estaba explicando el episodio de Caín y Abel como un mito que recogía las luchas entre cazadores y agricultores de la prehistoria. No pude guardar silencio sobre esta interpretación mítica del relato y, cuando la clase terminó, me acerqué a la mesa del profesor y le hice algunas observaciones relativas a la inspiración y al valor espiritual de los personajes. El profesor, sorprendido, se comprometió a explicar el concepto de inspiración de la Escritura; cuando lo hizo, asombrosamente contradijo todo lo que había enseñado anteriormente.

El relato de Caín y Abel tiene un valor prototípico singular. Podemos encontrar en él hechos, palabras y actitudes que tienen un sentido inaugural: la religión, el culto, los sacrificios, la envidia, la violencia, la insolidaridad, la muerte. Pero el Nuevo Testamento y, en particular, Jesús mismo, sitúan a Caín y Abel en el contexto histórico de personajes reales que existieron, cuyos hechos representan un modelo de comportamiento que debemos tener en cuenta.

Tras el dramático asesinato de su hermano Abel, Caín fue interpelado por el Creador: “¿Dónde está Abel, tu hermano?” El Señor pregunta propiciando de este modo que Caín reflexione, interiorice y valore lo que ha hecho, confiese con dolor su crimen y se arrepienta. Pero la respuesta: “No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”, pronunciada en los orígenes de la historia, abrió la brecha que ha escindido a la humanidad en dos grupos contradictorios: los cainitas y sus víctimas, los opresores y oprimidos, los vencedores y vencidos, los insolidarios e indiferentes y los colaboradores y solidarios.

La pregunta del Creador no ha dejado de escucharse a lo largo de la historia de la humanidad. Todavía resuena hoy en las noticias de cada día: “¿Dónde está Abel, tu hermano?” Aquí Dios no interviene como un padre que busca al hijo descarriado, sino como un juez que exige responsabilidades. Dios está controlando; reclama protección, simpatía de unos con otros. Y aunque el Padre celestial pone remedios ante la dramática manifestación del cainismo, él espera que estos vengán de las respuestas comprometidas y cálidas de los hombres, sin pasar de largo, sin humillantes y mezquinas limosnas, sin evasivas o aplazamientos.

No seas indiferente al sufrimiento de tus semejantes. Pide hoy al Señor que te ayude a recordar que eres guarda de tu hermano.

Los hijos de Dios y las hijas de los hombres

6

marzo

“Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, al ver los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas”
(Génesis 6:1, 2).

Desde la entrada del pecado en el mundo, la humanidad ha estado dividida en dos grupos: los justos y los malvados. Aunque es verdad que el pecado se ha transmitido de generación en generación y nos afecta a todos, existe una marcada diferencia entre los que se entregan, consciente o inconscientemente, al poder del mal, y los que reaccionan contra él apoyándose en Dios. Esta polarización de la humanidad primitiva, nuestro texto la define con los apelativos de “los hijos de Dios” y “las hijas de los hombres”.

¿Quiénes eran los hijos de Dios y quiénes los hijos de los hombres? Elena de White dice que los hijos de Dios eran descendientes de Set, en cuyo linaje “los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová” (Gén. 4:26), y los hijos de los hombres, descendientes de Caín que “se distinguieron en todo lo referente al mero progreso terrenal y material. Pero menospreciaron a Dios, y se opusieron a sus propósitos hacia el hombre” (*Patriarcas y profetas*, p. 60).

Mientras las dos clases permanecieron separadas, los hijos de Dios mantuvieron el culto a Dios en toda su pureza y respetaron los sagrados principios relativos al matrimonio que Adán había escuchado de los propios labios del Creador: “Dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne” (Gén. 2:24), palabras que subrayan desde los orígenes, la comunión total y perfecta que debe unir a los esposos. Pero, cuando con el paso del tiempo las dos clases se mezclaron, los hijos de Dios tomaron por esposas a las hijas de los hombres porque eran hermosas, y aquellos matrimonios mixtos, que no habían recibido la sanción de Dios, produjeron los peores resultados. Los hijos de Dios siguieron el camino de Caín y resistieron al Espíritu de Dios que contendía con ellos, produciéndose la irremediable situación del mundo antediluviano que Dios tuvo que destruir.

¿Y tú? ¿De qué lado quieres estar? ¿Con qué grupo te vas a identificar? Tarde o temprano tendrás que tomar una decisión al respecto. En este caso no se puede ser imparcial.

Te exhorto a mantenerte en el grupo de los que son fieles a Dios, recordando la bendita promesa: “¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida!” (Apoc. 2:10).

Noé halló gracia

.....
 “Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová”
 (Génesis 6:8).

A pesar de ser un personaje controvertido para algunos, Noé tiene para nosotros un gran valor espiritual, que solo se puede entender si lo situamos en los parámetros de una historia real y no como el actor de una escena de ficción. En realidad, Noé tiene mucho que enseñarnos.

Noé es “hijo de la esperanza”. Lamec, su padre, le puso por nombre Noé que significa “consuelo”, “descanso”, diciendo: “Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos” (Gén. 5:29). Lamec vio proféticamente en su hijo un reformador de la inmoralidad reinante, tal vez el libertador prometido a Eva. Pero Noé también es “objeto de la gracia divina”. Noé es considerado “hombre justo, era perfecto entre los hombres de su tiempo” (6:9). Pero ¿fue en realidad un hombre justo, íntegro, perfecto? No. Noé fue declarado justo porque “halló gracia” palabra significativa que vemos aparecer aquí en un contexto de inminente aplicación de la justicia divina a una generación de pecadores. Noé es un ejemplo de todos los que, como afirma el Nuevo Testamento, hallan la salvación en Cristo, por la gracia de Dios.

La Biblia dice también, “caminó Noé con Dios” (6:9). Caminar con Dios es la experiencia de la comunión con él, es mantener una relación constante, fortalecer los lazos de un verdadero compañerismo. Elena de White afirma: “Su relación con Dios le comunicaba la fuerza del poder infinito” (*Patriarcas y profetas*, p. 83). Por eso, se convirtió en un “hombre de fe” (Heb. 11:7) y creyó sin tener ningún elemento tangible: construyó un arca en tierra seca, anunció un diluvio antes que la humanidad conociese la lluvia como un “pregonero de justicia” (2 Ped. 2:5). Durante ciento veinte años predicó el diluvio: “Cada martillazo dado en la construcción del arca era un testimonio para la gente” (*ibíd*). Pero a pesar de la sinceridad de su predicación, no obtuvo fruto de su mensaje, sin embargo, no cesó hasta que las puertas del arca fueron cerradas y, dentro de ella, se salvaron él y su familia.

Noé es una viva ilustración del proceso salvador que Dios sigue con los mortales. Es un tipo de Cristo porque, como él, predicó el arrepentimiento y construyó el arca, la iglesia, donde el mundo embarca para navegar con Jesús, nuestra salvación; y como él, nosotros hemos de anunciar a nuestra generación que los juicios de Dios y la redención final están a las puertas.

Hoy es tiempo de proclamar al mundo que hay un Dios en los cielos dispuesto a perdonar y rescatar a los seres humanos de su propia destrucción.

El arca de Noé

.....

8

marzo

“Yo enviaré un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir todo ser en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá. Pero estableceré mi pacto contigo, y tú entrarás en el arca, con tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos”
(Génesis 6:17, 18).

Pierre Jansen, un rico comerciante holandés, a principios del siglo XVII, mandó construir un modelo reducido del arca de Noé para demostrar que las proporciones de la embarcación eran particularmente favorables para el transporte, lo cual da verosimilitud a la construcción del navío antediluviano. También es curioso que el término hebreo *tébâh*, traducido por “arca”, solo se encuentra una vez más en el Antiguo Testamento para referirse a la barquita de juncos en la que Moisés fue salvado de las aguas. En ambos casos, *tébâh* es un medio de salvación usado por Dios providencialmente.

Noé recibió el orden de construir el arca ciento veinte años antes del diluvio. Durante todo este tiempo, advirtió a sus contemporáneos con la palabra y con la acción que la tierra iba a ser destruida por agua. Muchos años anunciando un diluvio que no llegaba, tiempo de trabajo y de espera, soportando las burlas y mofas de la gente, así como los desmentidos de los científicos que lo tachaban de engañador y fanático. Pero se terminó la construcción del arca. Un día, empezaron a llegar animales de los bosques, las montañas y los cielos, que se introducían en el arca conducidos por ángeles. “Los animales obedecían la palabra de Dios, mientras que los hombres la desobedecían” (*Patriarcas y profetas*, p. 85). Noé habló por última vez a la gente. El tiempo de gracia estaba concluyendo. Entonces, entró con su familia en el barco y Dios mismo cerró la puerta. Siete días después llegaron las aguas. Solo ocho personas sobrevivieron.

Así como la destrucción del mundo por medio del diluvio universal es un tipo de la destrucción de la tierra por fuego en ocasión de la Segunda Venida, así también, podemos atribuir un significado tipológico a Noé,regonero de justicia, y a la figura del arca, donde se salvó con su familia. El antitipo de Noé somos los que anunciamos el advenimiento de Jesús invitando al mundo a entrar en el arca del evangelio. Miles de personas de todas las latitudes de la tierra van respondiendo a la predicación de los tres mensajes angélicos y van entrando en la iglesia y, cuando llegue el fin, serán salvas, como aquellos ocho que encontraron salvación en el arca de Noé. Entonces, ¡todos reconoceremos que hay un Dios en los cielos!

Proclama hoy esta verdad dondequiera que vayas.

Cómo Lucifer llegó a ser Satanás

*“¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana!
Derribado fuiste a tierra, tú que debilitabas a las naciones.*

*Tú que decías en tu corazón: ‘Subiré al cielo.
En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono
y en el monte del testimonio me sentaré, en los extremos del norte;
sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo’ ”*
(Isaías 14:12-14).

En los orígenes, Lucifer era un ser luminoso y puro, ocupaba una de las más elevadas posiciones del universo, la de querubín que cubría el trono divino. Isaías, inspirado por Dios, atribuye al rey de Babilonia hechos que no pudieron cumplirse más que en la caída de Lucifer. Existe aquí, más allá del rey de Babilonia, una personificación de Satanás.

Es difícil entender cómo en una mente perfecta hubo lugar para el pecado. El pecado no se puede ni explicar ni mucho menos justificar; es, en esencia, irracional. Lo conocemos por sus efectos inconcebibles, incomprensibles, desastrosos. Lo cierto es que, paulatinamente, Lucifer llegó a considerar que toda su gloria era producto de sí mismo y no de Dios, como era el caso. Así que, si él poseía tanta grandeza y virtudes, su siguiente paso consistió en codiciar el homenaje que únicamente merece Dios. Y claro, no pudo soportar más cuando Jesús fue investido con mayor gloria y poder que él. Todos los habitantes del cielo reconocieron la supremacía de Jesucristo y le rindieron adoración. Lo mismo hizo Lucifer, pero dentro de sí había un evidente malestar, una extraña semilla que había germinado en su cabeza. No, ya no era el mismo. Ya no le agradaba estar junto a su Padre y gozarse con su presencia. Ahora vivía inconforme, molesto y lleno de envidia hacia Jesús. El Padre observaba muy atento la actitud de su amado Lucifer y meditó muy bien cómo iba a enfrentar la situación.

Elena de White aclara el punto: “Para convencerlo de su error, se hizo cuanto esfuerzo podían sugerir la sabiduría y el amor infinitos. Se le probó que su desafecto no tenía razón de ser, y se le hizo saber cuál sería el resultado si persistía en su rebeldía. [...] Lucifer quedó convencido de que se hallaba en el error. [...] Defendió persistentemente su conducta, y se dedicó de lleno al gran conflicto contra su Creador. Así fue como Lucifer, el “portador de luz”, el que compartía la gloria de Dios, el ministro de su trono, mediante la transgresión, se convirtió en Satanás, el “adversario” de Dios y de los seres santos” (*Patriarcas y profetas*, p. 19).

Aprende hoy a ser feliz con lo que Dios te da.

¿Pudo un Dios bueno crear un mundo malo?

.....

10
marzo

“Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella”
(Génesis 3:6).

¿Cómo hemos de entender el árbol de la ciencia del bien y del mal? Solo partiendo del modo de razonar hebreo. La palabra “ciencia” aparece en el relato precedida por un artículo definido, lo cual significa que no se trata de cualquier ciencia o todas las ciencias, sino de un cierto conocimiento específico, el conocimiento del mal en oposición al bien. Para el pensamiento hebreo, comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no significaba alcanzar algún tipo de información intelectual acerca del mal, sino tener una experiencia con el mal. La posibilidad de la experiencia negativa estaba presente en el paraíso, no como necesidad, sino potencialmente. Es decir, había la posibilidad real de pecar.

Dios había creado al hombre recto (Ecl. 7:29). Este debía mediante la prueba elevarse desde la inocencia (la ignorancia del mal) a la santidad (la victoria sobre el mal). El estado de inocencia no significa estado de perfección. Para que la humanidad pudiera un día alcanzar la perfección divina se requería que fuese puesta a prueba, y la santidad positiva no puede alcanzarse si no es por el ejercicio de la voluntad humana actuando libremente, aceptando plenamente la voluntad de Dios. La inocencia sin libertad no tiene ningún valor moral. No hay bien absoluto en una criatura más que cuando ha sabido resistir al mal. Tal como Dios lo había creado, el hombre era bueno, sin tendencias negativas ni inclinaciones al mal; no era perfecto pero tenía todo lo necesario para llegar a serlo. La perfección moral es siempre el fruto de la libertad, es el resultado de una serie de decisiones absolutamente voluntarias. El hombre estaba llamado a colaborar en la realización de su destino moral. Era santo de manera virtual, no de manera real. Su estado era el de la excelencia en el punto de partida, no en su término. Cuando fue tentado, dudando de lo que el Creador le había otorgado, ejerció libremente su inteligencia y voluntad en la elección del conocimiento experimental del mal. Este fue su pecado.

Recuerda que no es necesario experimentar el mal. Pero si das lugar a escuchar la voz de la serpiente, podrá convencerte de las supuestas ventajas de desobedecer a Dios. Entonces, olvidarás que hay un Dios en los cielos cuyos ojos lo examinan todo.

El príncipe de este mundo

“Ahora es el juicio de este mundo;
ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”
(Juan 12:31).

La obra más influyente de Johann Wolfgang Von Goethe es *Fausto*, un individuo que pacta con el diablo y le vende su alma a cambio de que le asegure juventud, conocimiento, felicidad y toda clase de pasiones y placeres. De este modo, el hombre se convierte en un ser dependiente y sometido a Mefistófeles, un demonio súbdito del diablo, a quien ha dado la propiedad de su alma. Pero en la versión de Goethe, Fausto se salva finalmente de la condenación en el infierno porque no cesa nunca de tender hacia un ideal. Al igual que otras obras literarias, este relato ilustra la historia del gran conflicto entre el bien y el mal.

¿De verdad tiene Satanás poder para otorgar felicidad a quienes hagan un pacto con él? ¿Es realmente el “príncipe de este mundo”? Así lo creyó él cuando derrotó a la humanidad en el jardín del Edén. Entonces, reclamó este planeta como suyo asegurando que los seres humanos le habían dado la soberanía del mismo. Ahora él dominaba a sus habitantes y, por lo tanto, al mundo entero. No obstante, “cuando Adán entregó su soberanía en las manos de Satanás, Cristo continuó siendo aún el Rey legítimo. [...] Satanás puede ejercer su usurpada autoridad únicamente en la medida en que Dios lo permite” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 103). ¿Cómo se podía echar por tierra la farsa del supuesto reinado de Lucifer? A través de Jesús quien, como un ser humano más, iba a permanecer leal a Dios. “Así se demostraría que Satanás no había obtenido completo dominio de la especie humana, y que su pretensión al reino del mundo era falsa. Todos los que desearan liberación de su poder, podrían ser librados” (*ibid.*, p. 89). Después que Jesús hubo consumado su obra expiatoria y restauradora, recuperó la soberanía de este mundo. Satanás fue destituido y, desde entonces, lucha desesperadamente contra ese nuevo poder que obra con paciencia por dominar en el corazón de los hombres.

Actualmente, el mundo parece entregado completamente a Satanás. Él se levanta erguido asegurando que el planeta le pertenece. Pero no es verdad. Su dominio no es completo y nunca lo ha sido. Hay vidas que no domina, como la tuya y la mía. Seguramente más de una vez ha estado a punto de conquistar nuestros corazones, pero no lo ha logrado, ya que todavía nos queda aliento para acudir a Jesús y ser librados de su poder, para luego testificar con poder que hay un Dios en los cielos.

Dile hoy a Jesús: “Sálvame, te pertenezco”.

El disfraz del diablo

.....

“Y esto no es sorprendente, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz”
(2 Corintios 11:14).

12
marzo

Durante varios años, uno de los rasgos más significativos de la sociedad contemporánea fue su deseo de cortar cualquier vínculo con lo sobrenatural. De alguna manera, este elemento se trató de cubrir e incluso se llegó a negar que fuera un elemento fundamental del sentido humano. Y si esto es cierto con relación a la existencia y obra de Dios en el mundo, es aún más evidente con respecto al diablo. Incluso entre los creyentes, son pocos quienes lo consideran un personaje real y activo. Más bien, parece un ser olvidado por nuestra civilización. En el mejor de los casos, para una gran mayoría es un personaje de comedia, un espantajo (cuernos, cola, tridente), un referente legendario para evocar el mal oculto, propio para asustar niños. En esto radica uno de los mayores triunfos diabólicos: hacernos creer que no existe, lo cual no le impide actuar, sino que facilita su obra.

Jesús enseñó que nadie puede ser neutral en este mundo: “El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mat. 12:30). Por supuesto, Satanás tiene muchos disfraces para cumplir su principal objetivo: alejar a los seres humanos de la salvación en Cristo y consumir así sus vidas, negándoles la oportunidad que Jesús ganó para ellos en la cruz del Calvario. He aquí su modo de actuar: “Cuando no se hace ningún esfuerzo especial para resistir a su poder, cuando la indiferencia predomina en la iglesia y en el mundo, Satanás está a su gusto, pues no corre peligro de perder a los que tiene cautivos y a merced suya. Pero, cuando la atención de los hombres se fija en las cosas eternas y las almas se preguntan: ‘¿Qué debo yo hacer para ser salvo?’, él está pronto para oponer su poder al de Cristo y para contrarrestar la influencia del Espíritu Santo” (*Maranata: el Señor viene*, p. 134).

Decía Baudelaire: “Es más difícil amar a Dios que creer en él, pero es más difícil creer en el diablo que amarlo”. No es bueno negar su existencia ni ignorar sus tentaciones. Sí, Satanás puede disfrazarse hoy de algo muy atractivo para alejarte del Padre celestial, al punto que un día llegues a rechazar la historia de la redención y olvides que hay un Dios en los cielos...

No olvides hoy esta gran verdad: “El maligno no puede forzar la guardia con que Dios tiene rodeado a su pueblo” (*ibid.*). ¡Vive con esta certeza en tu corazón!

Un mundo encantado

.....

“No andéis como los otros gentiles [...] teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”

(Efesios 4:17, 18).

A veces, mis nietecillos me piden que les cuente el cuento de *La Cenicienta* de Charles Perrault: el encantamiento del hada madrina convirtió una criada en una hermosa princesa; una calabaza, en una majestuosa carroza; y unos ratoncillos, en unos briosos caballos, pero al llegar las doce de la noche todo volvía a su verdadera realidad. Así ocurre con muchas de las fantasías con las que Satanás tiene encantados a los hombres en este mundo. Elena de White dice: “Nos encontramos en el terreno encantado de Satanás” (*El conflicto de los siglos*, p. 586).

Cuando Saúl Bellow recibió el Premio Nobel de Literatura en 1976, dijo en su discurso de recepción: “Los escritores actuales estamos traicionando a la humanidad”. El intelectual se refería a los conceptos que han generalizado los escritores en su producción literaria y que han roto con valores tradicionales sin aportar nada positivo y edificante. Below calificaba de “viejos monstruos de un museo paleontológico” a los creadores de las doctrinas filosóficas que tanto han influido en la literatura contemporánea: Nietzsche, Marx, Freud, Baudelaire. Algunos contenidos de la narrativa contemporánea, del teatro, del cine, de la poesía actual, entre otras influencias, revelan que el príncipe de este mundo está nutriendo nuestra mente y nuestro espíritu de fantasías, fábulas, señuelos, vicios y costumbres que nos encantan y hechizan. Dichas influencias alejan paulatinamente el alma de la oración y del deseo de estar con Jesús. De pronto, como en el Edén, la presencia de Dios ya no resulta tan atractiva para los seres humanos. Solo la Palabra de Dios puede romper ese hechizo y volver las cosas de este mundo a su verdadera realidad.

Este mundo es como un castillo encantado. El ser humano es como un galgo corriendo en un canódromo, afanándose por alcanzar el señuelo, la liebre, pero esta es simplemente de trapo y, además, nunca la alcanza. Este mundo es también como un gran espectáculo de fuegos artificiales, el cielo se ilumina, no se ven las estrellas pero todo se acaba y lo que queda es humo y un fuerte olor a pólvora. Así es “el terreno encantado de Satanás”, un sitio donde la falsa felicidad y la alegría son efímeras, y donde todo aquel que se fascina con sus sortilegios consumirá sus mejores años, desaprovechará sus oportunidades de salvación y no percibirá que hay un Dios en los cielos.

Que Dios te ayude a librarte de las malas influencias que acechan tu vida.

¿De quién es la culpa?

14
marzo

“Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: ‘Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?’

Respondió Jesús: ‘No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él’ ”

(Juan 9:1-3).

De acuerdo con el pensamiento judío prevalente, el sufrimiento era consecuencia inexorable de los pecados del individuo o de sus ascendientes. Como aquel hombre había nacido ciego, la culpa de su ceguera solo podía corresponder a sus padres, lo cual cuestionaba la justicia divina. Jesús desató aquel “nudo gordiano” respondiendo: “No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”. Así traspuso el problema a una cuestión mucho más complicada: Dios y el mal. En realidad se trataba de la gran pregunta: ¿De quién es la culpa? ¿Es Dios responsable de que exista el mal en el mundo con todas sus dolorosas consecuencias?

El sufrimiento individual depende mucho más del pecado colectivo de la humanidad que del pecado privado del individuo; Jesús señaló que, así como el mal tiene su propia obra que opera en la tierra, así también Dios tiene la suya, consistente en convertir el mal en la materia prima del bien. El sufrimiento interpela a Dios y nos interpela personalmente ordenándonos realizar con los que sufren una misión divina, “las obras de Dios”, socorriéndoles material y espiritualmente. La continuación del relato muestra que eso es lo que Jesús hizo con aquel ciego, no solo le dio la vista, además lo iluminó moralmente y le ofreció la salvación.

A la pregunta “¿De quién es la culpa?”, la Biblia responde que Dios no es responsable. Todo en la Creación “era bueno en gran manera”. Dios sembró buena simiente en su campo. El mal vino de fuera, ya que Satanás introdujo el pecado en el mundo. Él es el enemigo que sembró la cizaña. Entonces, Dios se solidarizó con el sufrimiento humano y le ofreció un remedio contra el mal. Ahora bien, el hombre había sido advertido sobre la presencia de un enemigo en el huerto del Edén. No obstante, el hombre entregó su confianza en el diablo haciendo un mal uso de su libre albedrío. Escogió la desobediencia y, como resultado, provocó el mal. El pecado de Adán fue transmitido como tendencia a todos sus descendientes. Así fue como Satanás se convirtió en el “príncipe de este mundo”.

Satanás es el responsable del pecado. Pero el Señor ha prometido erradicar lo uno y lo otro. ¡Pronto el mundo sabrá que hay un Dios en los cielos!

¿Se puede hablar con los muertos?

*“La mujer dijo: ‘¿A quién te haré venir?’
‘Hazme venir a Samuel’, respondió él”
(1 Samuel 28:11).*

Antes de ser adventista, mi madre anduvo interesada en el espiritismo. Yo era un muchacho y aún no había comenzado a estudiar la Palabra de Dios. Recuerdo las visitas a casa de aquella extraña señora, llamada Nieves, de unos sesenta años, y de quien mi madre nos decía era curandera. Aunque yo nunca estuve presente, aquellas reuniones me turbaban, produciéndome algo más que curiosidad, una especie de desasosiego, inquietud o incluso temor.

Pocos años después, cuando ya estábamos frecuentando la Iglesia Adventista, mi madre me contó que, en aquellas reuniones, la señora Nieves supuestamente hacía venir el espíritu de los familiares fallecidos para que los presentes pudiesen hablar con ellos y preguntarles cosas del pasado, presente y futuro. Ella me aseguró que, en efecto, se oían voces y ruidos. ¿Qué voces? ¿Quién respondía a las preguntas que les hacían? ¿Cómo debemos interpretar el episodio de Saúl y la pitonisa de Endor?

Elena de White nos advierte sobre la comunicación con los muertos: “Satanás puede evocar ante los hombres la apariencia de sus amigos fallecidos. La imitación es perfecta; los rasgos familiares, las palabras y el tono son reproducidos con una exactitud maravillosa. [...] Debemos estar listos para resistirles con la verdad bíblica de que los muertos no saben nada y de que los que aparecen como tales son espíritus de demonios” (*El conflicto de los siglos*, pp. 504, 547).

Pero no siempre en esas apariciones engañosas los espíritus dicen mentiras. En el caso de Saúl a la pitonisa de Endor, el demonio habló como si fuera el difunto profeta Samuel anunciándole la tragedia de lo que iba a ocurrir. “Al predecir la perdición de Saúl por medio de la pitonisa de Endor, Satanás quería entrapar al pueblo de Israel. Esperaba que llegase a tener confianza en la pitonisa y se viera inducido a consultarla. Así se apartaría de Dios como su consejero, y se colocaría bajo la dirección de Satanás. [...] El mensaje del demonio para Saúl, a pesar de que denunciaba el pecado, no tenía por objeto reformarlo, sino incitarle a la desesperación y a la ruina” (*Patriarcas y profetas*, pp. 675, 676).

El profeta Isaías nos interpela: “Si os dicen: ‘Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando’, respondió: ‘¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?’ ¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isa. 8:19, 20).

Recuerda que Dios espera que lo busques a él. No hay nada que buscar en el mundo de las tinieblas.

¿Existe la posesión demoniaca?

16
marzo

“Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino”
(Mateo 8:28).

Francisco Luis era un joven de unos veinte años que estaba iniciándose en el conocimiento de la Palabra de Dios. El pastor Luis Bueno le impartía estudios bíblicos en su casa, junto a su madre y su hermana. Un día, el joven se presentó con lesiones y quemaduras en la cara y la madre le contó al pastor que su hijo tenía una enfermedad extraña: a veces sufría convulsiones que le arrojaban contra la pared, le tiraban de la cama contra el suelo, o, como en aquella ocasión, le lanzaban contra la estufa de la casa. El pastor le preguntó si habían visitado a un médico y la madre le respondió que sí y le mostró las medicinas que estaba tomando. El pastor quedó perplejo. Era verdad que en aquella ocasión había observado en Francisco Luis una mirada triste. Apenas hablaba durante los estudios bíblicos. El pastor oró por él y su familia, y comenzó a estudiar su caso, sus reacciones, sus gestos y a analizar sus muy escasas palabras.

Recuerdo el día que conocí a Francisco Luis. Había venido a la iglesia a una conferencia bíblica, y yo estaba allí, en los comienzos de mi frecuentación de la iglesia. Al terminar la reunión, después que se fueron la mayor parte de los asistentes, Francisco Luis sufrió una de aquellas extrañas convulsiones. Fue horrible. Con el rostro desencajado, los ojos muy abiertos, los brazos por delante como protegiéndose de algo o de alguien, daba saltos de seis hileras de sillas en la sala de reuniones, mientras mantenía un diálogo feroz con el demonio al que increpaba: “¡Vete Satanás! ¡Déjame! ¡No me atormentes!” Los hermanos de la iglesia querían sujetarlo, ¡pero cuatro o cinco hombres no podían con él! Todos estábamos orando muy asustados y, pasados unos terribles minutos, se calmó. El pastor lo estuvo visitando durante meses. Los miembros de iglesia y su familia hicimos de su caso un permanente motivo de oración y, pasado un tiempo, Francisco Luis fue liberado por el Señor y recuperó un porte sereno y confiado. Ahora nos miraba a la cara como con gratitud y sonriente. Posteriormente, se bautizó y llevó una vida normal hasta su fallecimiento. Durante años yo fui uno de sus amigos de la iglesia.

Sí, la posesión existe. Doy fe de ello. Pero el poder del evangelio es más fuerte que el demonio. El mal no prevalece porque hay un Dios en los cielos.

Las asechanzas del diablo

.....
*“Vestíos de toda la armadura de Dios,
 para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”*
 (Efesios 6:11).

“Las asechanzas del diablo” son los procedimientos engañosos que usa para confundirnos y arrastrarnos al error. Este concepto aparece solamente dos veces en el Nuevo Testamento, las dos en la Epístola a los Efesios (4: 4; 6:11). Elena de White dedica todo un capítulo en *El conflicto de los siglos* a desenmascarar los errores, seducciones y estratagemas del diablo en el tiempo del fin, poco antes de los grandes engaños que precederán a la segunda venida de Jesús.

Y ¿cuáles son esas estratagemas?

1. “Bien sabe Satanás que todos aquellos a quienes pueda inducir a descuidar la oración y el estudio de las Escrituras serán vencidos por sus ataques” (p. 510).
2. “Siempre ha habido una categoría de personas que [...] hacen consistir su religión en buscar alguna falta en el carácter de aquellos con quienes no están de acuerdo, o algún error en su credo. Son los mejores agentes de Satanás” (p. 510).
3. “La teoría según la cual nada importa lo que los hombres creen, es uno de los engaños que más éxito da a Satanás” (p. 510).
4. “Parte de su plan consiste en introducir en la iglesia elementos no regenerados y faltos de sinceridad que fomenten la duda y la incredulidad” (p. 511).
5. “Son muchos los que dan por hechos científicos lo que no pasa de ser meras teorías y elucubraciones, y piensan que la Palabra de Dios debe ser probada por las enseñanzas de ‘la falsamente llamada ciencia’” (p. 513).
6. “Una de las seducciones magistrales de Satanás consiste en mantener a los espíritus de los hombres investigando y haciendo conjeturas sobre las cosas que Dios no ha dado a conocer y que no quiere que entendamos” (p. 513).
7. “Otro error peligroso es el de la doctrina que niega la divinidad de Cristo, y asevera que él no existió antes de su venida a este mundo” (p. 515).
8. “Otro error sutil y perjudicial que se está difundiendo rápidamente, consiste en creer que Satanás no es un ser personal” (p. 515).
9. “Nada desea él tanto como destruir la confianza en Dios y en su Palabra” (p. 516).

Guarda hoy esta gran verdad en tu corazón: “Satanás sabe muy bien que el alma más débil pero que permanece en Jesús puede más que todas las huestes de las tinieblas” (p. 520).

El proceso de la tentación

.....

18
marzo

“Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido. Entonces la pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”

(Santiago 1:13-15).

En este importante pasaje sobre la tentación, Santiago no implica en ese proceso al tentador, a saber, al diablo. La tentación parece producirse en el interior del espíritu humano como resultado de las pasiones de nuestra naturaleza caída que seducen la conciencia y la voluntad del individuo reclamando ser satisfechas y, una vez consumadas, generan el pecado. Es verdad que “la carne de pecado” ejerce en nosotros una evidente propensión a pecar, que la semilla del mal está sembrada en nuestras vidas por herencia o educación, que el medio que nos rodea está contaminado y representa una incitación al pecado, que la caída en el Edén debilitó considerablemente nuestro libre albedrío, y que Satanás, con toda su sabiduría, es capaz de intuir o conocer nuestras debilidades, pero no tiene poder para acceder a nuestros pensamientos. ¿Cuál es entonces la función del diablo en la tentación? La experiencia de Jesús en los cuarenta días que permaneció en el desierto nos ilustra el proceso de la tentación.

Nuestro Salvador tomó la humanidad con todo su pasivo. Fue tentado en todo, como nosotros, pero sin dar lugar al pecado. Jesús no fue al desierto buscando la tentación, más bien, el Espíritu Santo le impelió a ir. Tampoco nosotros debemos invitar a la tentación frecuentando lugares, oyendo o viendo escenas donde sufriremos la provocación del pecado. Jesús demostró que Satanás no ejerce un dominio absoluto sobre el hombre, no estamos fatalmente condenados a caer, podemos prever la tentación y resistir. Satanás sometió a Cristo a las tentaciones de los apetitos sensuales, el amor al mundo con todos sus atractivos y la del amor a la vanidad y el orgullo, las mismas pruebas a las que frecuentemente nos somete a nosotros.

Aunque no puede condicionar nuestra capacidad decisoria, conoce nuestras flaquezas y ataca los puntos débiles de nuestro carácter. Siempre que nos encontremos desanimados, perplejos por las circunstancias o afligidos por las necesidades materiales, Satanás estará dispuesto a aprovechar nuestra impotencia para seducirnos y engañarnos. Él crea las circunstancias que nos inducen a pecar y no está ausente en el proceso de la tentación. Por eso hemos de protegernos como Cristo lo hizo: asistidos por el Espíritu Santo.

¡Hay un Dios en los cielos para vencer la tentación!

Milagros mentirosos

“Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos”
(Mateo 24:24).

Una noche me senté a ver un programa religioso de televisión. El ministro abrió la Biblia e hizo un brevísimo comentario de un texto, llamó luego a todas las personas que querían ser curadas de alguna dolencia. Les habló del don de sanidades que Dios había otorgado a la iglesia como una prueba de autenticidad. Entonces, les invitó a tener fe en Cristo y, en medio de gritos y alabanzas de los feligreses, les hizo pasar al frente. En ese momento hizo una oración pidiendo la sanación de todos y, uno por uno, con su mano alzada, les iba tocando en la cabeza pronunciando la expresión “¡Sé sano!” De inmediato, la persona caía al suelo de manera estremecedora. Poco después, se levantaban y daban testimonio de no sentir ya los efectos de su enfermedad. ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué usaba procedimientos semejantes a los de los médiums?

Las advertencias de Elena de White a este respecto son reveladoras:

- “El error será presentado de un modo agradable y halagüeño. Falsas teorías, revestidas de luz, serán presentadas al pueblo de Dios. [...] Se ejercerán influencias extremadamente seductoras e hipnotizarán las mentes” (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 308).
- “Por medio del espiritismo han de cumplirse milagros, los enfermos sanarán, y se realizarán muchos prodigios innegables” (*El conflicto de los siglos*, p. 575).
- “Surgirán entes que se darán por el mismo Cristo y [...] harán curaciones milagrosas” (*ibid.*, p. 608).
- “Pues bien, el gran engañador simulará que Cristo habrá venido. En varias partes de la tierra, Satanás se manifestará a los hombres como ser majestuoso, de un brillo deslumbrador, parecido a la descripción que del Hijo de Dios da San Juan en el Apocalipsis (Apoc. 1:13-15). La gloria que le rodee superará cuanto hayan visto los ojos de los mortales” (*ibid.*).

La religión espectacular es un ardid de Satanás. No podemos fundar nuestra fe en Dios en los milagros aparentes ni en manifestaciones carismáticas portentosas. Las intervenciones del Señor en nuestro favor no fueron resultado de sortilegios. Si no estamos preparados para distinguir entre la verdad y el error podremos ser víctimas de las seducciones del padre de mentira.

Que Dios te ayude hoy a mantenerte de parte de la verdad cristiana.

¿Tuvo Lucifer oportunidad de arrepentirse?

20
marzo

“Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo”

(Apocalipsis 12:7, 8).

Con esta sugestiva imagen explica el Apocalipsis el inicio del gran conflicto entre Cristo y Satanás en el cielo. En un principio, Satanás no revistió la figura de un ser demoniaco, sino la de un ser celestial que integraba la corte del Señor y podía dialogar familiarmente con él. ¿Pudo Lucifer convertido en Satanás, el adversario, hacer marcha atrás y arrepentirse? Elena de White aclara: “En su gran misericordia, Dios soportó por largo tiempo a Lucifer. Este no fue expulsado inmediatamente de su elevado puesto, cuando se dejó arrastrar por primera vez por el espíritu de descontento, ni tampoco cuando empezó a presentar sus falsos asertos a los ángeles leales. Fue retenido aún por mucho tiempo en el cielo. Varias y repetidas veces se le ofreció el perdón con tal de que se arrepintiese y se sometiese. [...] De haberlo hecho así se habría salvado a sí mismo y a muchos ángeles. En ese entonces no había negado aún toda obediencia a Dios. [...] Pero el orgullo le impidió someterse” (*El conflicto de los siglos*, p. 486).

Satanás siguió acusando a Dios de injusto delante de los seres celestiales. La controversia en el cielo llegó al punto sin retorno, el ángel rebelde había agotado sus posibilidades de arrepentimiento y, finalmente, fue echado del cielo. El plan de la redención iba a comenzar en otro escenario: la tierra. Aquí, Cristo y Satanás continuarían el conflicto teniendo como objeto de su obra a la criatura humana. Jesús vendría a nuestro mundo para redimir al hombre y rescatarlo del dominio de Satanás. Pero en este escenario, había además otro motivo en juego: vindicar el carácter de Dios ante el universo, puesto en duda por Lucifer.

“El carácter del gran engañador se mostró tal cual era en la lucha entre Cristo y Satanás, durante el ministerio terrenal del Salvador. Nada habría podido desarraigar tan completamente las simpatías que los ángeles celestiales y todo el universo leal pudieran sentir hacia Satanás, como su guerra cruel contra el Redentor del mundo. [...] Acabada su humillación, cumplido su sacrificio [...] entonces fue cuando la culpabilidad de Satanás se destacó en toda su desnudez. Había dado a conocer su verdadero carácter de mentiroso y asesino” (*ibid.*, p. 491).

La cruz mató temporalmente al Hijo del hombre, pero aplastó definitivamente a Satanás. En ella “el príncipe de este mundo fue echado fuera”, selló su perdición eterna. Acepta esta verdad en tu vida hoy.

21

marzo

El lago de fuego y azufre

“Y el diablo que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde está la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche para siempre jamás”
(Apocalipsis 20:10).

Aunque a veces nos parecen hiperbólicas esta y otras descripciones coloristas que los textos de estilo apocalíptico nos presentan del final del diablo, sus ángeles y de los réprobos en general, la enseñanza que ofrecen, corroborada por toda la escatología bíblica, es extremadamente esperanzadora para los justos y contundente para los impenitentes: Lucifer, el arcángel convertido en Satanás por su alzamiento contra la autoridad de Dios, todo el mal que acarreo su rebelión en el cielo y en la tierra, el pecado con sus tintes tenebrosos, la muerte, el sepulcro, el sufrimiento, la violencia, la mentira, todo tendrá un final, morirán de una muerte eterna. La gran controversia se habrá terminado con la victoria del bien. El universo celestial quedará definitivamente purificado, redimido de las consecuencias del mal cósmico y así entraremos en la paz y en la dicha eternas.

El apóstol Pablo introduce esta enseñanza fundamental en el contexto de la realidad de la resurrección, estableciendo el proceso que seguirá la historia final de la salvación: “Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. [...] Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. [...] para que Dios sea todo en todos” (1 Cor. 15:21, 23-25, 28). Es curioso observar que, al referirse a los poderes que Cristo suprimirá cuando llegue el fin, Pablo emplea los mismos términos que cuando dice en Efesios: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (6:12). Por consiguiente, la existencia y poder de Satanás están limitados en el tiempo y en el espacio.

El lago de fuego y azufre representa la desaparición definitiva del pecado. Este será el destino final del príncipe de este mundo. Nunca más se levantará para confundir o destruir la vida de los demás. Ese día, quedará más que evidente que hay un Dios en los cielos...

Recuerda hoy que el mal no prevalecerá. Pronto viviremos en un mundo mejor.

Dios proveerá el cordero

.....

“Después dijo Isaac a Abraham, su padre: ‘Padre mío’.

Él respondió: ‘Aquí estoy, hijo mío’. Isaac le dijo:

‘Tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?’ Abraham respondió: ‘Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío’. E iban juntos”

(Génesis 22:7, 8).

22
marzo

Muy extraña, aunque precisa, había sido la orden del Señor con respecto al sacrificio: “Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto” (Gén. 22:2). Jamás Dios había pedido sacrificios humanos, pero aquí, ¡el cordero del holocausto era Isaac! ¿Cómo le anunciaría que la víctima era él mismo? El chico era fuerte y podía oponerse a la atribulada autoridad del padre. Cada paso que daban les alejaba de Beerseba, adonde volvería solo con los criados. Los pasos cansinos del patriarca vacilaban, las manos le temblaban y su espíritu se agitaba mientras caminaban, e iba orando, tal vez con sollozos y gritos por dentro.

En medio de aquella angustia, su confianza en Dios nunca le abandonó. Una fe poderosa le hacía creer que, después de muerto, Dios podía resucitar a Isaac y devolvérselo. La visión profética del sacrificio de Jesús en una cruz también le animó; él, un pobre mortal, iba a emular el don precioso, infinito, del Hijo de Dios para redimir a la humanidad.

Cuando llegaron cerca del lugar del sacrificio e Isaac preguntó a su padre dónde estaba el cordero para el holocausto, la respuesta de Abraham fue mesiánica, porque reveló el plan de Dios para la salvación del hombre: “Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío”. Y así fue. Cuando el joven sumiso ya estaba en el altar y Abraham había levantado la temblorosa mano con el cuchillo, una voz le detuvo y un carnero enredado en un zarzal fue la confirmación del cielo a la palabra del patriarca. Por eso Abraham llamó aquel lugar “Jehová proveerá”.

Aquellas palabras de Moriah volvieron a ser confirmadas cuando Jesús dijo: “Abraham se gozó de que había de ver mi día” (Juan 8:56). También cuando Juan Bautista presentó a Jesús: “Este es el cordero de Dios” (Juan 1:29). Finalmente, en el Gólgota, cerca del monte Moriah, cuando el Salvador murió en la cruz, un cordero a punto de ser ofrecido por el sacerdote en el templo huyó de sus manos librándose de la muerte gracias al Cordero provisto por Dios para morir en lugar del hombre.

Nunca olvides que Dios ha provisto lo necesario para que tú también seas salvo. No es imposible. Lo más difícil lo ha hecho él. Acepta hoy al Cordero de Dios.

Puerta del cielo

.....

“Y tuvo un sueño: Vio una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella. [...] Entonces tuvo miedo y exclamó: ‘¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo!’”
(Génesis 28:12, 17).

Me imagino la impresión que causó a Jacob aquel sueño en su huida de la casa paterna, perseguido por la ira de su hermano Esaú, a quien había suplantado. Cuando nos encontramos en un trance de inseguridad, huyendo de nuestros propios errores, del rigor de circunstancias adversas o de la ira de quienes nos quieren mal; cuando no hay luz en el horizonte de nuestra vida, no sabemos lo que nos aguarda al final del tempestuoso viaje, ni conocemos cuál es la voluntad de Dios, entonces, ¡qué tranquilizador es tener un sueño, una revelación de la providencia divina! Esto es lo que le ocurrió a Jacob. Él, que se sentía desdichado, abandonado, profundamente apenado de haber engañado a su anciano padre, vio una escalera que unía el cielo donde está Dios santo, misericordioso y todopoderoso con la miserable tierra donde estaba él, acosado por el temor, la incertidumbre y la culpabilidad.

Jacob llamó el nombre del lugar Bet-el, “casa de Dios”, y añadió un sinónimo “puerta del cielo”. La imagen de una escalera que sube de la tierra al cielo parecería ser una figura contextual simbolizada por los zigurats, torres piramidales escalonadas que tenían un santuario en la cúspide. Desde Filón, filósofo judío de Alejandría, la escalera de Jacob es la imagen de la providencia que Dios ejerce sobre la tierra, por el ministerio de los ángeles. Autores cristianos han visto también en ella una prefiguración de la encarnación de Jesús, como un puente entre el cielo y la tierra. Ambas interpretaciones son correctas.

Jacob comprendió la grandeza de aquella revelación y sacralizó el lugar erigiendo una piedra como estela que ungió con aceite para materializar la realidad de la presencia divina, y sí, tuvo miedo porque en aquel paraje, convertido en puerta del cielo, había visto la morada de Dios en el cielo yuxtaponiéndose con su morada también en la tierra, Bet-el.

Así es la providencia divina, magnífica, excelsa, grandiosa, aunque no siempre nos percatemos de ello. Es la representación del cielo y la tierra unidos, es la gloria de Dios y sus ángeles junto a nosotros, asustados, impotentes, suplicantes.

Es él quien nos asegura su auxilio en las calamidades de la vida para recordarnos que hay un Dios en los cielos.

Entre la inseguridad y la esperanza

24
marzo

*“Los mensajeros regresaron a Jacob, y le dijeron:
‘Fuimos a ver a tu hermano Esaú; él también viene a recibirte,
y cuatrocientos hombres vienen con él’.*

Jacob tuvo entonces gran temor y se angustió”

(Génesis 32:6, 7).

Jacob había tenido veinte años para reconocer que las promesas de Dios no habían sido palabras vacías. Cuando salió de Canaán no llevaba en su mano más que un bastón; hoy, al volver a la orilla de ese mismo Jordán, estaba rodeado de una familia numerosa y de abundante ganado. Jacob había emprendido aquel largo viaje por orden de Dios, pero cuando se encontraba a pocas jornadas del final del viaje, un recuerdo renació vivamente en su conciencia: el engaño que había privado a su hermano del derecho a la primogenitura. Jacob se sintió entonces sumido en un angustioso conflicto interno en el que las promesas de Dios y el temor a la venganza de Esaú, la inseguridad y la esperanza, estaban frente a frente. Entonces, tomó cuatro iniciativas con objeto de preparar el encuentro con su violento hermano; en esto, manifestó todavía la astucia que le había caracterizado hasta ese momento.

En primer lugar, envió a su hermano un mensaje lleno de sumisión (Gén. 32:3-5), pero los mensajeros volvieron con la noticia de que Esaú venía a su encuentro con cuatrocientos hombres, lo que le produjo mucho temor y angustia. ¿Terminaría aquel viaje en una brutal masacre por su culpa? Entonces, tomó la segunda iniciativa: dividió el ganado y sus siervos en dos cuadrillas (32:6-8). Si su hermano atacaba a una de ellas, la otra podría tener tiempo para huir y salvarse. Pero estas medidas dictadas por su prudencia serían inútiles si Dios no intervenía, por esta razón tomó una tercera iniciativa: recurrió a la oración (32:9-12), la oración convencional, tratando de implicar a Dios en su difícil situación.

A la mañana siguiente, Jacob tomó una cuarta iniciativa: envió a su hermano un rico presente de lo mejor de sus ganados, tres manadas separadas una de otra (32:13-21). Y es curioso, porque en su reflexión personal, atormentado por su pecado, usó la frase “apaciguaré su ira” (vers. 20), expresión técnica de los sacrificios para designar la expiación. ¿Podía aquel presente expiar su pecado? ¿Era Esaú quien podía devolverle la paz del perdón? No, Jacob sabía que solamente Dios podía expiar su pecado por medio de la confesión y el arrepentimiento sinceros, por ello volvió a orar a su Dios.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando los malos recuerdos emergen a la conciencia y vuelven a influir en las decisiones presentes. Nada te apartará de él.

Cara a cara con Dios

.....

“Jacob llamó Peniel a aquel lugar, porque dijo:
‘Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma’ ”
(Génesis 32:30).

A quella noche Jacob quiso quedarse solo hecho un hervidero de zozobra, “solo e indefenso, se inclinó a tierra profundamente acongojado. [...] Con vehementes exclamaciones y lágrimas oró delante de Dios” (*Patriarcas y profetas*, p. 175). No obstante, en lugar de encontrar la paz que buscaba, se encontró con un adversario con quien luchó hasta el alba. Esta lucha misteriosa, “la oración combate”, es un segundo nivel de la oración. Hubo una aparición real y una lucha corporal con efectos físicos (vers. 31). Sin embargo, una lucha únicamente corporal no hubiera llevado a Jacob a la renovación moral que tuvo a continuación. Se trató de una crisis moral acompañada de una lucha corporal.

¿Quién era ese adversario? Jacob no lo reconoció. Todo lo que percibió fue que no se trataba de un enemigo ordinario. Era Cristo mismo. ¿Quién es el adversario que se opone a nosotros en nuestra oración agónica? El adversario es, en primer lugar, nuestra indigna vida de pecado: “Mientras así luchaba por su vida, el sentimiento de su culpa pesaba sobre su alma; sus pecados surgieron ante él, para alejarlo de Dios” (*ibid.*). El adversario son también las inoperantes promesas de Dios, fruto de una religión teórica, que se muestran inoperantes cuando la crisis llega. El adversario es finalmente nuestra concepción insuficiente de Cristo, de su perfecta identificación con nuestros sufrimientos.

Cuando las primeras luces de la mañana se anunciaban, el desconocido le dio un golpe violento que le descoyuntó la cadera. Perdida toda fuerza física, Jacob se aferró con sus brazos al cuello de su rival. Y así alcanzó el tercer nivel de la oración: el abandono total, la fe total, un acto de la gracia de Dios que nos da la paz del perdón y la salvación. “¡Déjame que raya el alba!”, le dice el desconocido y Jacob contesta con la osadía del supremo heroísmo de la fe: “No te dejaré si no me bendices” (Génesis 32:26). “Este pecador y extraviado mortal prevaleció ante la Majestad del cielo” (*ibid.*).

La bendición consistió en recibir un nombre nuevo, es decir, una nueva identidad. Jacob, que significa “suplantador”, fue cambiado por Israel, que significa “príncipe de Dios”. El sol ya había salido y Jacob llamó aquel lugar Peniel. Ese encuentro cambió su vida. Ahora estaba convencido de que había un Dios en los cielos... y él era parte de sus proyectos.

¿Has tenido un encuentro semejante con Jesús? ¿Estás dispuesto a experimentarlo?

El llanto de José

.....

“Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. Ahora, pues, no os entristezcáis ni os pese haberme vendido acá, porque para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros”
(Génesis 45:4, 5).

26
marzo

De todas las historias narradas por la Biblia que ilustran la realidad de la providencia divina interviniendo en nuestras vidas, la historia de José y sus hermanos es una de las más impresionantes y conmovedoras. José, el hijo favorito de Jacob, el joven sensible, emotivo y amante de la compañía de su padre, pero posiblemente también el chico vanidoso, imprudente y engreído. En su singular historia, al menos ocho veces dice el texto bíblico explícitamente que lloró, otras se intuyen implícitamente: clamó entre sollozos cuando sus hermanos, sin escuchar sus súplicas, lo echaron en aquella cisterna vacía para que muriera de hambre y sed. También lloró amargamente cuando caminaba atado de manos en aquella caravana de ismaelitas que le llevaba a Egipto y pasó cerca de las colinas donde se hallaban las tiendas de su padre. Sin duda, lloró cuando fue echado en la cárcel por no ceder a la seducción de la apasionada esposa de Potifar. Se desgarró por dentro y lloró cuando, siendo ya primer ministro en Egipto, le presentaron a Benjamín, su hermano menor. Lloró a gritos cuando se reveló a sus hermanos y atribuyó a la providencia divina su llegada a Egipto. Lloró con gran emoción cuando pudo abrazar a su padre después de tantos años de no verlo. Asimismo, lloró cuando sus hermanos, temiendo represalias, le pedían perdón.

De los llantos de José podemos aprender muchas cosas: que aunque sus sueños premonitorios llegaron a cumplirse literalmente, fueron, en gran medida –misteriosa pedagogía del Cielo– la causa de sus llantos; que “su terrible calamidad le transformó de un niño mimado en un hombre reflexivo, valiente y sereno” (*Patriarcas y profetas*, p. 192); que ante las circunstancias adversas, hay un Dios en los cielos que cambia los escenarios; que esa soberana Providencia actúa a través de las acciones humanas buenas y malas; que la resolución tomada por José de ser fiel en todo y en toda circunstancia, le dio fuerza, valor y confianza en Dios; que siempre atribuyó José el desarrollo de su experiencia, adversa o próspera, a Dios, y que una vida sencilla y pura había favorecido el desarrollo vigoroso de sus facultades tanto físicas como intelectuales.

No tengas miedo de llorar. Sí, llora como buen creyente, “no como los que no tienen esperanza” (1 Tes. 4:13), porque es parte de la experiencia cristiana. Tal vez ese sea un camino necesario para cumplir tus sueños.

27
marzo

La amistad con Dios

.....

*“Vuelve ahora en amistad con Dios y tendrás paz;
y la prosperidad vendrá a ti. [...] Si te vuelves al Omnipotente,
serás edificado y alejarás de tu morada la aflicción”*
(Job 22:21, 23).

Elifaz, uno de los amigos del patriarca Job que fueron a consolarle, hizo aquí una declaración ambivalente acerca de la amistad con Dios. Sus palabras son verdad para aquellos que, habiendo roto su relación con Dios y perdido su amistad, vuelven a él y reanudan los vínculos que tuvieron con el Omnipotente. Pero Job nunca rompió la relación con su Padre celestial, nunca perdió la confianza en él, tampoco dejó de ser amigo de Dios, aunque las desventuras pareciesen indicar que estaba abandonado de su mano. En medio de la prueba, el patriarca sabía que podía seguir contando con Dios y le fue siempre fiel hasta su restitución. Por eso las palabras de Elifaz no le incumbían, pero tal vez sí a nosotros.

¿Tienes algún amigo íntimo? ¿Has experimentado los vínculos de la verdadera amistad? Hay amigos más unidos que un hermano, el amigo de verdad es como un hermano en tiempo de angustia. La amistad auténtica es una relación voluntaria, profunda, desinteresada, responsable, que, como el matrimonio auténtico, tampoco se rompe nunca.

Benito es un amigo de la infancia que, después de más de sesenta años y aunque nuestras vidas han discurrido por caminos diferentes, seguimos unidos incluso en la fe, nos relacionamos epistolariamente, nos ayudamos económicamente, nos interesamos y cooperamos en nuestras ocupaciones, nos preocupamos de nuestra salud y, cuando hemos vivido momentos difíciles, nos hemos aconsejado con sinceridad y ofrecido cobijo en nuestros hogares. Así son los “amigos del alma” (Deut. 13:6) o amigos íntimos.

Así es la amistad con Dios. Es un vínculo especial de intimidad que nos concede a los que nos hemos reconciliado con él. Abraham fue “el amigo de Dios para siempre” (2 Crón. 20:7). Jesús repitió dos veces a sus discípulos: “Vosotros sois mis amigos” (Juan 15:14). Lázaro, Marta y María eran sus amigos íntimos; Pedro, Santiago y Juan fueron sus discípulos especiales; incluso a Judas le llamó amigo. Como amigos del Salvador, él nos defiende y protege del diablo, nos rodea con sus brazos cariñosamente, se interesa por nuestros problemas y aflicciones, nos acompaña en las experiencias buenas y malas de la vida, nos aconseja, nos reprende con amor, llora con y por nosotros, da su vida por nosotros (Juan 15:13). No lo olvidemos, Dios es “nuestro mejor amigo” (*El camino a Cristo*, p. 103).

Abre tu corazón a Jesús hoy como a un amigo. La experiencia será inolvidable.

El gran Yo Soy

.....

“Respondió Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy’. Y añadió: ‘Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy me envié a vosotros’ ”
(Éxodo 3:14).

28
marzo

En el antiguo Egipto el faraón era la encarnación de un dios. Moisés había vivido casi treinta años en su corte y conocía a todos los dioses y diosas por su nombre: Anubis, el dios con cabeza de chacal; Apis, el toro sagrado; Osiris, soberano del reino de los muertos; Thot, el dios ibis; Hathor, la diosa celeste del amor; Ra, el dios sol; Amón-Ra, el dios supremo del estado; Horus, Isis; Atón, el disco solar de la reforma monoteísta de Amenofis IV. En la cultura egipcia no se concebía la acción benefactora de una divinidad sin nombre.

Por eso, Moisés preguntó a Dios en nombre de quién debía presentarse a los hijos de Israel, porque hacerlo como portavoz del Dios de los antepasados, no era suficiente. Dios le respondió: “Yo soy el que soy”, es decir, el que es y será, el Eterno, expresando por este nombre el que tiene existencia propia, el Dios viviente, la Fuente de la vida. La forma abreviada era YHWH, las cuatro consonantes del nombre más sagrado de Dios, que los escribas masoretas no se atrevían a pronunciar cuando lo encontraban en el texto sagrado, leyendo en su lugar *Adonai*, el Señor. Y la fusión de las consonantes YHWH y las vocales de *Adonai* dio lugar al nombre Jehová, que aparece 5.500 veces en el Antiguo Testamento.

El nombre de Dios es la revelación de su persona, de su carácter y de sus atributos. Llamar a Dios por medio de un nombre es hacer del Ser infinito un Dios próximo, accesible, que se ocupa de nosotros y que nos redime. En la Escritura es “el Dios del pacto” del Sinaí, es el “Jehová proveerá” de Abraham, es el “Dios que me ve” de Agar, es “Jehová es mi pastor” de David, es “Jehová justicia nuestra” de Jeremías, es “Jehová está con su pueblo” de Ezequiel es finalmente el gran “Yo Soy” del Nuevo Testamento, Cristo el Salvador, “Antes que Abraham fuera, yo soy” (Juan 8:58). Yo soy el Pan de vida, el Mesías que habló contigo, el buen Pastor, la Luz del mundo, la Vid verdadera, el Camino, la Verdad y la Vida, el Cordero inmolado, el Verbo de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, el Alfa y Omega el principio y el fin, “el Padre y yo uno somos” (Juan 10:30).

El gran Yo Soy que habló a Moisés en la zarza puede hablarte hoy a ti. ¿Estás dispuesto a escucharlo?

29

marzo

Ni un perro moverá su lengua

“Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas”
(Éxodo 11:7).

Esta expresión alude al hecho de que los perros cuando gruñen dan a su lengua forma de punta. Los perros ladran al menor ruido que escuchan en su territorio. Como animales de guarda, muchas veces anuncian con sus ladridos los peligros, los intrusos o los ruidos que oyen. Durante las diez plagas de Egipto Israel no iba a sufrir el más leve daño. En las casas de los israelitas la tranquilidad, el silencio más profundo y la paz mostrarían la protección divina, en oposición a los gritos y lamentos que se producirán en las de los egipcios. Como asegura la promesa: “Caerán a tu lado mil y diez mil a tu diestra, mas a ti no llegarán” (Salmo 91:7).

Israel fue librado en la tierra de Gosén, mientras que los egipcios sufrieron los desastres de las plagas. Mientras los hijos de Dios se mantengan bajo su dependencia (a la sombra del Todopoderoso), tendrán la protección del cielo; y si el sufrimiento toca nuestras vidas, nuestros padecimientos se convertirán en mensajeros celestiales que nos transmitirán el alentador consuelo de la confianza en Dios. Esto marca la diferencia. Cristo anunció a sus discípulos tribulaciones (Juan 16:33), pero lejos de alcanzar al hombre interior y hacerle daño, conducirán a una victoria más completa a aquel fiel que sepa humildemente quedar escondido en el retiro que el Salvador le ha abierto.

No siempre los hijos de Dios son librados de las calamidades que afectan a la sociedad en general; sin embargo, cuando es necesario que el mundo reciba un testimonio sobre dónde está la verdad, cuando el Señor quiere señalar la diferencia entre los que confían en él y los que no, como ocurrió en las plagas de Egipto, cuando el propio pueblo de Dios necesita confirmar de nuevo su seguridad en el Señor, él hace el milagro. La historia de los hijos de Dios está llena de experiencias en las que fue evidente la diferencia y el Señor salvó a los suyos protegiéndolos de una catástrofe general. Y esta protección y salvación del mal será la suerte de los redimidos en las escenas finales, cuando el uno será tomado y el otro dejado, cuando Dios libraré, sin excepción, a los redimidos.

Vive hoy con la certeza de que Dios te libraré de cualquier dificultad por la que estés pasando. ¿O acaso tienes una mejor opción?

Duro de corazón

.....

30
marzo

“Moisés y Aarón hicieron todos estos prodigios delante del faraón, pues Jehová había endurecido el corazón del faraón, y este no dejó salir a los hijos de Israel fuera de su país”
(Éxodo 11:10).

Este pasaje es uno de los más desconcertantes de la historia bíblica. Dios dice: “Pero yo endureceré el corazón del faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. El faraón no os oír, pero yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré a mis ejércitos, a mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios” (Éxo. 7:3-5). En realidad, Dios está anunciando que el corazón del faraón se endurecerá inevitablemente. Y, en verdad, el texto bíblico siguiente parece confirmar esta interpretación porque dice muchas veces que el faraón “endureció su corazón”. En otras palabras, “Yo endureceré el corazón del faraón” y “el faraón endureció su corazón” significan lo mismo.

Lo que el texto bíblico destaca aquí es una de las leyes fundamentales de la psicología humana. Todo acto malo tiende a endurecer el corazón del hombre, es decir, a aniquilarlo. Todo acto bueno tiende a ablandarlo, a hacerlo más vivo. Cuanto más se endurece el corazón del hombre, tanto menor libertad tiene para cambiar y tanto más queda determinado por sus acciones previas. Pero se llega a un punto del cual ya no puede volver; cuando está forzado a seguir adelante hasta el fin inevitable que es, en último extremo, su propia destrucción física o espiritual.

“No es Dios quien ciega los ojos de los hombres y endurece su corazón. Él les manda luz para corregir sus errores, y conducirlos por sendas seguras; es por el rechazamiento de esta luz como los ojos se ciegan y el corazón se endurece. Con frecuencia, esto se realiza gradual y casi imperceptiblemente. Viene luz al alma por la Palabra de Dios, por sus siervos, o por la intervención directa de su Espíritu, pero cuando un rayo de luz es despreciado, se produce un embotamiento parcial de las percepciones espirituales, y se discierne menos claramente la segunda revelación de la luz. Así aumentan las tinieblas, hasta que anochece en el alma” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 289).

El Padre celestial no ejerció ningún poder sobrenatural para endurecer el corazón del rey. Al mantener Faraón su terquedad y aumentarla gradualmente, su corazón se endureció más y más, hasta que contempló el rostro frío de su primogénito muerto y tuvo que reconocer que hay un Dios en los cielos...

Ruega al Señor que elimine la terquedad de tu corazón y te ayude a ser obediente a los mandatos del cielo.

¡Di a los hijos de Israel que marchen!

*“Entonces Jehová dijo a Moisés: ‘¿Por qué clamas a mí?
Di a los hijos de Israel que marchen’ ”*
(Éxodo 14:15).

Aunque los israelitas habían salido de Egipto “con mano poderosa”, el faraón deploró haberlos dejado marchar. Había perdido la única mano de obra de que disponía. Así que preparó a su vigoroso ejército, acompañado de sacerdotes y personajes ilustres de su reino, y salió en busca de los esclavos. El faraón quería intimidar a los hebreos mediante el despliegue de gran poderío. Los israelitas, por su parte, una ingente masa de hombres, mujeres y niños, ganados y enseres, se creían victoriosos y estaban muy confiados. Dios tenía que llevarlos de nuevo a una desafiante prueba de fe que los iba a marcar de manera definitiva.

En vez de seguir la ruta directa a Canaán que pasaba por el país de los filisteos, personas muy belicosas, el Señor los dirigió hacia los lagos de las riberas del mar Rojo. La nube que los guiaba los desvió hacia un desfiladero para que acampasen junto al mar, pero la situación no podía ser más desesperada: a los lados tenían las escabrosas laderas de la montaña; delante, el mar cuyas aguas parecían una barrera infranqueable; detrás, la vanguardia del ejército egipcio.

¿Qué podían hacer? Allí se manifestaron cuatro actitudes diferentes:

1. El pueblo, espantado, empezó a protestar y acusar a Moisés; cayó en un profundo estado de pesimismo e incredulidad, añorando la esclavitud en Egipto.
2. Moisés entendía que había que presentar batalla a los egipcios, clamó a Dios, trató de calmar al pueblo y afirmó su seguridad en Dios: “No temáis, estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy [...]. Jehová peleará por vosotros” (Éxo. 14:13, 14).
3. Los egipcios, que alcanzaron a los israelitas junto al mar, seguros de que podían capturarlos, les siguieron ciegamente cuando estos penetraron en el mar abierto.
4. Dios consideraba que necesitaban ejercer una fe activa, por eso indicó a Moisés que debían marchar; pero ¿hacia dónde? ¿Hacia atrás? ¡No! Era la esclavitud. ¿Hacia la montaña? ¡Imposible! ¿Hacia el mar? ¡Sí! Marchar significaba avanzar, obedecer, enfilar hacia el milagro, hacia una intervención muy poderosa de Dios. Y así lo hicieron, con una fe audaz, decidida, porque la fe nunca retrocede, ni escapa. Y la vara de Moisés separó las aguas y pasaron el mar en seco.

Dios tiene poder para ofrecer soluciones donde no hay ninguna salida. No lo olvides. Para él no existen imposibles. Búscalo hoy.